

## TARDE VI

---

### LA INGRATITUD

Quien por bien devuelve mal  
Merece la execracion  
Del mundo, y la maldicion  
Del Sacro Ser Eternal.  
Es detestable, immoral,  
Es un loco, un insensato,  
Es infame, es mentecato,  
Es pérfido sin segundo ;  
Pues no hay monstruo en todo el mundo  
Que se compare á un ingrato.

¡Qué larga se les hizo la siguiente mañana á nuestros jóvenes ! Sin embargo, sus estudios y las diferentes ocupaciones de cada uno abreviaban el tiempo que les parecia tan largo. Llegó por fin la caída de la tarde, y todos se encaminaron apresuradamente al emparrado. Esperaban impacientes al saboyanito, y su padre entre tanto les hacia sábias reflexiones acerca de los sentimientos que inspira la naturaleza en un alma bien educada; pero advirtió que en aquellos momentos su moral era casi inútil : todos deseaban que llegase José, y tenian los ojos clavados en la puerta; al menor ruido imaginaban que entraba el deseado historiador; ¡ pero no venia ! ¡ qué lástima será que los deje toda una noche en la incertidumbre de lo que le sucedió en el bosque estando atado á un árbol ! ¡ qué pérdida para su curiosidad si no vuelve á la

granja! Entre tanto, la hora se adelantaba: desesperaban ya de verle esta tarde, y en todas sus fisonomías se pintaba el descontento. Viendo Palemon el enfado de sus hijos, para distraerlos por medio de una ocupacion agradable (porque ya conoce que sus reflexiones son entónces inútiles) se va por el libro grande para acabar de leer la historia del buen Gerardo.

Obsérvese la extravagancia de los hombres. Los muchachos, dos dias ántes deseaban ansiosos saber el fin de esta historia, otra nueva les conduce poco á poco al mismo grado de interes, y vuelven á tomar la primera con indiferencia; sin embargo, es preciso resignarse, pues José no viene. Palemon trae el libro grande; se lo entrega al lector Armando, y todos los muchachos prestan atencion despues de recordar que habian quedado en la llegada de Mr. Dupuis.

Continuacion de la historia de Dulis y Gerardo.

Todos los criados se habian levantado respetuosos á recibir á Mr. Dupuis, y nuestro amigo Gerardo habia permanecido sentado para ver mas á su satisfaccion á tan importante personaje. Era un hombre de unos treinta años, bien formado; pero de una fisonomía que manifestaba doblez y falsedad. Mr. Dupuis habló largo rato en voz baja al desconocido, en seguida se despidió, y acercándose luego á Gerardo, con un ridiculo tono de proteccion, le dijo: ¿qué se ofrece, amigo mio? — Hace dos horas que aguardo ocasion para hablar á Mr. Dulis. — Aunque esperases cuatro, sería lo mismo, porque no puedes verle. — ¿No? — No: es preciso que me digas á mí lo que quieres con él. — ¿Conque Mr. Dulis no ve á sus amigos sino por procurador? — ¿Sus amigos? ¿Eres-tú amigo suyo? ¿Tú? — Yo te haré arrepentir de tus amargas burlas cuando Dulis sepa el modo insultante con que tratas á su amigo Gerardo... — ¡Gerardo!... Nunca ha tenido mi señor amigo de semejante nombre. — Pero si, como parece, eres tú el confidente de sus mas secretos pensamientos, muchas veces le habrás oido hablar de mí. — No: jamas se ha acordado de semejante persona: por lo demas en mi mano está el impedirte que hables á mi señor; pero quiero divertirme viendo el recibimiento que hace á su amigo Gerardo. Lafleur, lleva al amigo Gerardo al gabinete del amo... pero no, á mí me corresponde el hacer los honores y renovar los vínculos de esta amistad. Sígueme, Gerardo... ¿qué digo? Seguidme, señor Don Gerardo; já, já, já...

En cualquiera otra ocasion habria dado Gerardo muy buenos mojicones á este impertinente criado; pero contenia su cólera la esperanza de que Dulis le haria justicia de tan malos procederes: en fin, va á verle, y arrojarse en sus brazos. Ábrese la puerta: un jóven, en traje de tocador, está delante de un espejo ocupado en leer una carta. Reconócele Gerardo, y se precipita en su seno. — ¡Dulis, amigo mio! — ¿Qué es lo que queréis? Mr. Dupuis, ¿quién es este hombre? — Pues qué, señor, ¿no le conocéis? ¡es vuestro mayor amigo! ¡el amigo Gerardo! — ¿Gerardo? — Sí por cierto, respondió nuestro buen labrador; soy tu antiguo compañero de colegio: ¿lo desconocerás? — Dejados solos, Mr. Dupuis, le dijo Dulis.

Atónito Dupuis, habló en secreto á su amo: Gerardo no oyó mas que estas palabras: es prodigiosa: no se puede mejorar. Quedaron solos Gerardo y Dulis, y este le dirigió entónces la palabra: ¿Vos aquí, Gerardo? En verdad que no os esperaba. ¡Hace tanto tiempo que no nos hemos visto! — Es verdad; pero ¿te has acordado de mí en todo ese tiempo! — Sí por cierto; todos los dias; pero ¿qué es lo que te traé á esta ciudad? — ¿Puedes preguntármelo? — Sin duda disfrutas comodidades: ¿trabajas con tu padre? ¿te quiere mucho? — ¡Ay amigo mio! estoy lleno de pesares: mi padre ya no existe: ¡me veo arruinado! — ¡Arruinado! ¿Conque has tenido mala conducta? — ¡Oh cielos! ¿tan mal piensas de tu amigo? Permíteme que me sienta, y te contaré mis desgracias. — Siento mucho no tener ahora tiempo para escucharte. — ¿Conque... no tienes... tiempo? ¡Cruel! ¿De este modo recibis á vuestro antiguo amigo, que tantas veces os ha estrechado en sus brazos? — Entónces éramos niños: verdad es que nos queríamos mucho. — ¿Y esa es la única memoria que ha quedado de tan íntimo cariño? ¡Funestos presentimientos, qué poco me habéis engañado! Pero voy á manifestaros mi franqueza. No puedo avergonzarme de la promesa que voy á recordaros: *Si la desgracia te persigue, me dijisteis, vé á buscarme; y si yo faltase á nuestras palabras y juramentos, te permito que me traspases el corazon.* Yo soy desgraciado, y estoy aquí. — ¿Y qué quiere decir eso? ¿será alguno capaz de amenazarme en mi casa? ¿qué significa eso de *traspasar el corazon*? — Las palabras, señor, no son nada: un amigo reclama el corazon de otro: si os extrañáis de mí, decídmelo. — ¿Ahora venis á recordarme unas expresiones tan fuertes? Los muchachos no saben lo que se dicen. — ¿Y tienen los hombres ménos alma que los muchachos? — ¡Gerardo! — Ya me voy, señor; no de-

bia esperar otra cosa del amo, atendida la insolencia de los criados. — ¿Os han insultado? — Sí, señor. — Sin duda les habréis hablado con dureza, porque nunca... — Dejemos explicaciones: yo he venido á buscar á Dulis; no le encuentro, y le abandono para siempre. — Escuchad, atended... — ¿Qué me queréis? — No quiero que se diga que un antiguo amigo ha venido á verme, y no ha experimentado los efectos de mi liberalidad: si verdaderamente os halláis necesitado, algunos luises podrán... — ¡Hombre ingrato y perjuro! guarda tus riquezas; prodígalas con mujeres perdidas, criados infames, y hombres corrompidos, que en ti han echado á perder la mas bella índole: niégate á la amistad; pero sabe que Gerardo nunca olvidará que Dulis solo ha vivido para él hasta la edad de diez y siete años. Mas teme que el infortunio descargue algun dia sobre ti todas sus iras: tiembla de que la suerte agote en ti todo su favor. Entónces, te hallarás solo, y derramarás lágrimas que nadie enjugará... ¡Desventurado! Tú no tendrás ningun amigo. El ingrato no puede ser feliz sobre la tierra.

Dichas estas razones se retiró Gerardo, dejando á Dulis como petrificado con la funesta suerte que le habia pronosticado. Dulis sentia su corazon oprimido por los remordimientos; quiso llamar á su amigo, y expiar entre sus brazos la falta que habia cometido; pero entró Mr. Dupuis, y le ofreció mil motivos de distraccion y consuelo. Dejemos á estos hombres perversos, y volvamos con Gerardo á la posada, donde ha dejado á su hermana, á la cual va sin duda á sorprender, refiriéndole lo que le ha sucedido.

Por la primera vez experimenta Gerardo cierta especie de vergüenza atravesando la antecámara, donde los señores lacayos estaban muy dispuestos á mofarse de él nuevamente. Gerardo se habia engañado respecto al juicio que formó de Dulis; y estaba mas humillado que si hubiese cometido algun delito. No podia concebir cómo las riquezas y el libertinaje apagan en un buen corazon todos los movimientos de sensibilidad. Como que quiere dudar de que este Dulis, á quien acaba de ver, sea el mismo á cuyo lado pasó su feliz niñez; y decia para sí: ¡Dios mio! si la edad de la razon muda tanto al hombre, ¿por qué no es siempre niño? Si la fraternidad, la bondad y la dulce confianza rodean su cuna, ¿por qué no le acompañan tambien hasta el sepulcro?... No lo sé. Solo veo que cuando se halla avanzado en la edad de la discrecion, le deslumbran los vicios; y que por lo regular, cuando anciano, amortiguadas sus pasiones, vuelven

á brillar sobre su arrugada frente las mismas virtudes; esta es la razon por que la cuna y el sepulcro reunen los mismos sentimientos, los mismos afectos.

Complaciase Gerardo en sus reflexiones filosóficas; pero bien pronto la imágen de la indigencia que le espera, comprimió su corazon: un temblor involuntario se apoderó de sus miembros; y conoció demasiado tarde, *que en la sociedad nadie debe contar sino consigo mismo*. Sin embargo, es preciso que piense lo que ha de hacer: mil proyectos se ofrecen á su imaginacion turbada, y al cabo resuelve ejecutar el siguiente: Se pondrá á servir de jornalero en casa de algun labrador; su hermana le hará compañía, y con las labores de su sexo procurará ayudar á su subsistencia: así, la paz y la tranquilidad vendrán á habitar con ellos bajo el techo fraternal, y no conocerán los vicios de las grandes sociedades. Hé aquí un plan bien concebido y arreglado: ansioso está Gerardo de comunicarlo á Julia. Bien podia aprovecharse de su educacion, procurando acomodarse de ayo ó secretario; pero no quiere: se confirma en su primer pensamiento, y entra en la posada con la misma alegría que brillaba sobre su frente cuando salió para ir á casa del insensible Dulis.

Pregunta por su hermana, y le responden: ¿Pues qué, no está con vos? — ¿Conmigo? — Sin duda: ha salido de aquí. — ¿Salido? Explicaos mas claro, señora. — ¿Qué mayor claridad? Me fui á las habitaciones altas, y cuando bajé, ya no estaba vuestra hermana, y creí que habia ido á buscaros; esto es todo lo que puedo deciros. — ¡Qué oigo, cielos! ¡mi hermana! ¡Julia! ¿dónde estará? Nosotros á nadie conocemos en la ciudad... ¿Qué puedo pensar de su ausencia? — Esperad un poco: no debe tardar en volver: acaso por curiosidad haya salido á pesearse un rato por este barrio, que es el mas hermoso de Cambray.

No se puede imaginar la inquietud de Gerardo durante la mañana, y aun todo el dia, porque Julia no pareció. ¿Qué hará? ¿adónde irá? ¿á quién se la pedirá? Reprende agriamente á la dueña de la posada, la cual le responde con dureza, que ella no ha de llevar una jóven colgada de la cintura como manojos de llaves. Casi se entrega Gerardo á la desesperacion. Ya es de noche, y determina dar parte al magistrado: pregunta á la criada de la posada dónde vive el juez, por cuyo medio espera saber de su hermana. La criada era la misma que la noche anterior le habia dado señas tan ciertas del pérfido Dulis, la cual le dijo: ¡Ah! mi querido señor, guardaos de ir á casa del juez: os tengo mucha

inclinacion, porque me parecís franco y bueno : mirad, no há mucho que vino aquí un dependiente de la justicia, el cual es compadre mio, y yo le he dicho : Hola, Tomas, ¿ cómo va ? ¿ cómo están vuestra mujer y el niño ? Muy bien, me contestó : le brindé con un trago, y lo aceptó con mucho gusto : le di una copa, me senté y tomé otra para hacerle compañía, porque yo gusto mucho de mi compadre : es un bello hombre, sí por Dios ; mas veces ha visto el fuego de la guerra, que yo el de la cocina. — Yo lo creo, ¿ pero al fin ? — Al fin me dijo : ¿ no está aquí aposentado un tal Gerardo ? No, le respondí ; porque yo no sabía vuestro nombre. — No puede ménos, me dijo él ; es una especie de aldeano no mal trazado, que llegó aquí ayer con una hermana suya... ¡ Ah ! sí, sí ; aquí está, le contesté. Tanto mejor, me respondió : esta noche... ¡ Y añadió á esto un juramentazo !... porque el tal mi compadre jura como un carretero ; y esto no es extraño, ya lo veis, porque ha sido muchos años soldado, y siempre en batallas ; valiente, arriesgado... — Al caso, por Dios ; que me tenéis en la mayor inquietud. — Yo lo creo, la cosa no es para estar sosegado ; no se trata de ménos que de encajaros en la cárcel. — ¡ En la cárcel ! — Sí, en la cárcel ; mi compadre me lo ha dicho : ¡ oh ! ¡ pues si yo os dijera todo ! — Decídmelo por Dios ; hacedme el favor de no ocultarme nada. — No, señor, porque sería muy largo de contar ; además de que yo estoy de prisa, y no tengo tiempo de charlar como la criada de Grifon, que siempre está hablando á trompon con todos los forasteros que allí se alojan ; no hay uno de quien no sepa la historia mejor que la cartilla ; así tiene tal fama de habladora. — Pero vamos al caso, por el amor de Dios. — Ya estoy, ya estoy ; en dos palabras, para abreviar : hoy habéis sido delatado al juez como un vagamundo y malhechor ; y esta noche vendrán á prenderos : yo lo sé ; no hay que dudar : mi compadre me ha enseñado la orden, y está encargado de ejecutarla : si hubierais estado aquí, ya no tenia remedio, porque mi compadre es terrible en esto de cumplir con su obligacion : ¡ caramba ! es mas listo que una bala de cañon : yo le he aconsejado que volviese á média noche ; porque á esta hora es cosa muy natural el encontrar las gentes en sus casas.

Un rayo no hubiera confundido tanto á Gerardo... ¿ Quién le conocia en Cambray ? ¿ Qué enemigos ocultos podia tener en la ciudad ? ¿ Será algun nuevo rasgo de la perversidad de Dulis ?... Por otra parte ¿ será verdad la relacion de la criada ? ¿ habrá visto la orden fatal ? ¿ no puede ser un lazo que le preparan los raptos-

res de su hermana ? Sí ; no puede ser otra cosa. Gerardo se confirma en esta idea, porque no es posible que le hayan calumniado : el hombre virtuoso no puede sospechar semejante maldad. Se presentará al juez ; le manifestará el rapto de su hermana, porque es forzoso que álguien la haya robado, puesto que no parece ; y si el magistrado ha expedido alguna orden contra él, la hará revocar descubriéndole la malicia de sus enemigos, quienes sin duda disponen su prision para consumir sus horribles deseos.

Lleno Gerardo de confianza, se dirige á su cuarto para tomar su baston y sombrero ; pero apenas ha subido tres escalones, cuando oye decir en el portal : ¿ Ha vuelto Gerardo ? — No, responde la criada, todavía está corriendo por la ciudad en busca de su hermana, que se la han robado. — ¿ Se la han robado ? ¡ bravo ! Es cosa nueva ; el magistrado nada sabe de esto ; y á la verdad, las gentes que lo han delatado no dijeron si tiene hermana. Es muy raro que tal hombre no haya vuelto, siendo ya las nueve ; pero á bien que á média noche no se nos escapará : tú me llevarás con mucho silencio á su cuarto ; ¿ no es así ? — Sí por cierto ; y aun te alumbraré. — Mil gracias ; hasta la vista, comadre. — Á Dios, compadre.

Queda Gerardo sobrecogido del susto que le causan las palabras de aquel hombre que le busca. Ve subir á la criada que con el mayor interes le dice : escapad, escapad pronto ; ya veis lo que hago por vos : ¿ no le he respondido bien ? Gerardo sube precipitadamente á su cuarto ; recoge su corto equipaje ; lo lia, y paga el gasto á la criada ; manifestándole el pesar que tiene de no poder agradecerle los favores que le debe. — Á Dios, mi buena amiga, á Dios ; ya conocéis... — Sí, sí, no perdáis un instante : ¡ pobrecito ! ¡ cuánto me alegro de poder salvarle ! Porque ya se ve que este es un hombre honrado ; la cara lo dice.

Por fin Gerardo se veia obligado á evadirse del peligro... a huir... Huir solo, sin su querida hermana, dejándola acaso entregada al infortunio mas terrible...

Agitado por estos pensamientos salió de la ciudad, cuando un nuevo incidente vino á aumentar sus males.

Palemon, viendo que la hora era avanzada, mandó á Armando suspender la lectura, prometiendo continuarla otro dia.